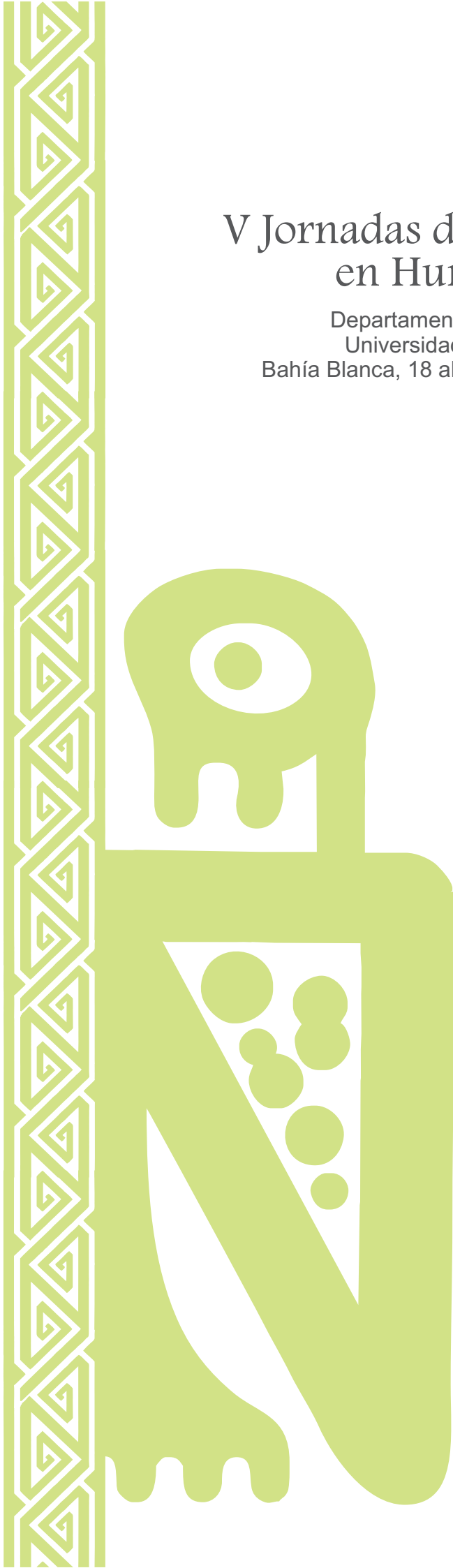


V Jornadas de Investigación en Humanidades

Departamento de Humanidades
Universidad Nacional del Sur
Bahía Blanca, 18 al 20 de noviembre de 2013

www.jornadasinvhum.uns.edu.ar



Volúmenes Temáticos de las
V Jornadas de Investigación en Humanidades

coordinación general de la colección
GABRIELA ANDREA MARRÓN

Volumen 12

**Perspectivas y enfoques de género
en las investigaciones
de las Ciencias Sociales**

MARÍA JORGELINA CAVIGLIA
ELEONORA ARDANAZ

(editoras)

“...una cuestión vinculada al honor, la felicidad y el bienestar de la raza humana”: críticas del *English Woman’s Journal* a la educación femenina en las clases medias (Gran Bretaña, 1858)

María Jorgelina CAVIGLIA
Universidad Nacional del Sur
mjcaviglia@uns.edu.ar



En la segunda mitad del siglo XIX y en el marco del desarrollo del movimiento de mujeres en Gran Bretaña, se editaron varias publicaciones que jugaron un rol crucial para estimular la formación y consolidación de la identidad colectiva y la organización feminista. Concebidas como instrumentos de presión social con propósitos políticos definidos, posibilitaron la manifestación y difusión de sus propuestas, intereses y objetivos específicos así como la divulgación de las actividades que desarrollaban.

La primera de ellas fue *The English Woman’s Journal*, fundada por Barbara Leigh Smith Bodichon (1827-1891) y Bessie Rayner Parkes (1829-1925) - pertenecientes a los sectores disidentes y radicales- y publicada mensualmente entre 1858 y 1864¹. Vocera del feminismo liberal y moderado, si bien en sus páginas se reconocía que las cuestiones relativas a la familia y el hogar eran “...el principal componente de toda vida social” y se admitía que “...el poder de la mujer en la conducción de la casa es su capital natural” (Rendall, 1987:118), los temas de mayor centralidad se vinculaban con la insuficiente instrucción femenina y con las restricciones de toda índole derivadas de esa circunstancia -entre otras, la de desempeñar diferentes

¹ Sus editoras y colaboradoras compartían la convicción de que las mujeres debían asociarse para realizar en común tareas que ampliaran su esfera de acción, considerando su misión como una verdadera “máquina moral”. (Rendall, 1987: 137)

actividades². Según sus críticas, ello creaba un abismo cultural entre hombres y mujeres, constituyendo un rasgo negativo detectado en todas las clases sociales pero acentuado en los sectores medios; de allí la campaña que realizó a favor de los derechos de aquellas a acceder a una formación superior.

En este trabajo se examinará, desde la perspectiva de género, el artículo titulado “*Female Education in the Middle Classes*”, publicado en junio de 1858. Ya hacía casi un siglo que pequeños grupos de mujeres británicas -entre otras, las denominadas *Bluestockings*³- planteaban la necesidad de una reforma educativa que permitiera el despliegue de sus aptitudes mediante su admisión a los estudios superiores y colaborara en el desarrollo de sus condiciones de vida. Durante la época victoriana, las feministas retomaron esa reivindicación y condenaron la limitada formación que podían alcanzar, responsabilizándola de su estado de subalternidad y de sus deficiencias intelectuales y advirtiéndole que su instrucción se restringía a reforzar solo ciertas cualidades y habilidades -estimadas como propias, naturales e innatas- necesarias para el desempeño de su función social, es decir como futuras esposas y madres. De allí que se configurara como una de las cuestiones más controvertidas de la centuria.

Sumándose a esa polémica, el texto analizado consideraba que en los últimos cincuenta años el crecimiento de la educación general exhibía un marcado y rápido progreso, expresado por la gran cantidad de escuelas e institutos que habían surgido y la multiplicación del público lector, revelada en la demanda y oferta de libros. Por ello, correspondía preguntarse de qué manera y en qué proporción la instrucción femenina había ido al mismo ritmo que la masculina y si difería en algún aspecto

² No obstante, nunca se trató la cuestión del sufragio femenino pues Parkes, como editora, aunque tenía un amplio criterio para la publicación de diversas opiniones, la rechazaba por considerarla un objetivo inalcanzable.

³ El término *bluestocking* o “mujer sabia” surgió hacia la década de 1770 referido a las integrantes de una red cultural que desarrolló en Londres una especie de comunidad intelectual que luchaba a favor de la educación femenina. Hacia fines de la centuria, alcanzó un notable protagonismo que fue frecuentemente recibido con recelo y disgusto por algunos sectores sociales. Por otra parte, el inicio de la revolución en Francia provocó una reacción conservadora que detuvo el lento movimiento hacia la igualdad de los géneros. A pesar de esos obstáculos, el legado de las *Bluestockings* reapareció en el siglo XIX en numerosas sociedades de mujeres. En *A Room of One's Own* (1929), uno de los ensayos feministas más influyentes del siglo XX, Virginia Wolf (1882-1941) les rindió homenaje señalando que ellas produjeron “... un cambio tal que, si yo fuera a reescribir la historia, lo consideraría como de mayor importancia que las Cruzadas o las Guerras de las Rosas”. (Oxford Dictionary of National Biographies)

esencial de la de medio siglo atrás. Observaba, entonces, que la respuesta resultaba insatisfactoria: Si bien se crearon numerosos colegios, en ellos las jóvenes eran expuestas a procesos compulsivos en los que se les enseñaban un conjunto heterogéneo de estudios (variedad de idiomas, música, danzas, dibujo y nociones de matemáticas) que superaba lo que su cerebro y constitución física podían recibir o resistir⁴.

Asimismo destacaba la falta de objetivos claros de ese “atestamiento intelectual” (*EWJ*, 1858:218), preguntando, con sarcasmo, si ese conocimiento de todos los lenguajes bajo el sol servía para adiestrar el intelecto y si una mujer podría cumplir mejor sus deberes familiares porque hablaba mal en francés y peor en alemán, o golpeaba toscamente las teclas del piano⁵, tratando de disimular la deficiencia de un verdadero conocimiento musical⁶. Señalaba, además, que solo una vocación estaba realmente abierta para ella: el matrimonio, convertido -según denunciaba- en una especie de comercio en el que el hombre era el comprador y la mujer, la vendedora.

Condenaba, entonces, la perpetuación de los errores en la crianza de las jóvenes que, dotadas por la naturaleza con un desarrollo mental que compensaba su débil poder muscular, se hallaban degradadas por una instrucción superficial que no las preparaba para los deberes familiares y, menos aún, para el ejercicio de una profesión. De allí la insistencia en que su formación debía ser considerada de primordial

⁴ Este constituía un temor generalizado en este período. Así, desde otra perspectiva, Samuel Smiles (1812-1904) -uno de los principales ideólogos del victorianismo- advertía que, en ellas, el excesivo trabajo cerebral podría consumir sus cuerpos y tender a la degeneración de la raza. Si bien sostenía que la educación femenina revestía verdadera “importancia nacional” (1913 a: 62), debía ser, ante todo, una preparación para los deberes de la vida, pues “... ‘atestarse’ de efímeros conocimientos o de estériles hechos, que pronto son olvidados, no puede suscitar jamás las alegrías y bendiciones de la vida familiar” (1912:301-303). Herbert Spencer (1820-1903), por su parte, argumentaba sobre la incompatibilidad entre las actividades intelectuales y la procreación, considerando que esta, que constituía el primero y más importante deber natural y social de la mujer, estaba amenazada por los esfuerzos mentales que aquellas implicaban. Su aumento podría conducir, incluso, a la infertilidad (Spencer, s/d a.:281).

⁵ Canales (1999:183) asegura que “...el piano, presente en casi todos los hogares burgueses, era signo de respetabilidad y ocasión para el despliegue de la sensibilidad femenina en veladas íntimas”

⁶ También Spencer (s/d b.:8-9) se expresaba de manera muy crítica con respecto a la educación femenina entre los sectores medios durante el victorianismo. Revelando su pragmatismo, desacreditaba el aprendizaje de lenguas extranjeras -“... ¡solo para cantar en varios idiomas!” - y de algunas actividades artísticas que no servían más que para la ostentación o la vana erudición, y que eran erróneamente consideradas como partes integrantes de una educación esmerada cuando, en realidad, no proporcionaban ninguna utilidad ni beneficio directo.

importancia para la felicidad y el bienestar social y, en consecuencia, merecedora de un mayor interés.

El artículo fundamentó sus críticas -quizás paradójicamente- en los ensayos de dos hombres, preocupados por los alcances y trascendencia de esa situación. El primero de ellos era el escritor y predicador anglicano Sydney Smith (1771-1845), quien, en un célebre texto de 1808 sobre la educación femenina, afirmaba que las notables diferencias entre los géneros -producto de las distintas circunstancias de vida de cada uno-, eran las que precisamente proveían los argumentos para perfeccionar la instrucción de las mujeres. Smith planteaba, con ironía, varios interrogantes:

Se dice que ellas no tienen nada importante para hacer: ¿Es esa la razón por la que no se las educa para hacer nada que no sea inútil? Están expuestas a mayores peligros: ¿Es esa la razón por la que sus facultades son debilitadas adrede y laboriosamente? Ellas deben formar el carácter de los futuros hombres: ¿Es esa la causa por la que su propio carácter es desaprovechado como ocurre ahora?” (en *EWJ*, 1858:220-221).

Concluía, entonces, que no había un solo rasgo en la diversidad de situaciones que experimentaban los seres humanos que no demostraran decisivamente el error que se cometía al descuidar la educación femenina. Exhortando a desarrollarla tanto como fuera posible, aseguraba que de esa manera se multiplicaban las posibilidades de progreso por las benéficas influencias -cruciales para la formación del carácter⁷ y la inteligencia- que luego ejercerían ellas como madres. Agregaba que su instrucción aumentaría la provisión de talentos de la nación pues, si las mujeres supieran más, los hombres deberían aprender más y la ignorancia provocaría vergüenza. Además

“...incrementaría los placeres de la sociedad multiplicando los temas de interés común de los dos sexos y haría del matrimonio un intercambio armónico tanto de entendimiento como de afectos, al dar dignidad e importancia al carácter femenino.” (en *EWJ*, 1858:222)

Por su parte, el *Journal* afirmaba que la condición social de las mujeres en los últimos cincuenta años había pasado por una verdadera revolución. Con anterioridad, algunas ocupaciones domésticas habían

⁷ Según Hobsbawm (1981:354), en la época se entendía por “carácter” el buen comportamiento sin referencias del cual no se podía conseguir empleo.

suministrado trabajos a muchas de ellas que ahora, desocupadas, quedaban presas de esa maldición que afectaba la existencia de las de clase media, muertas en vida por el aburrimiento y el hastío.⁸ Era imprescindible, entonces, una sólida educación para entrenarlas a fin de que se abrieran a otros designios diferentes al estereotipado y agotado camino hacia el matrimonio.

Asimismo, teniendo en cuenta los resultados provistos por el Censo de 1851 que indicaban una mayor cantidad de mujeres que de hombres⁹, el texto advertía que ya no correspondía preguntarse si ellas deberían permanecer en el ámbito doméstico o podrían realizar actividades fuera del hogar. Ante todo, porque ningún hombre de clase media, aunque fuera próspero, podía garantizar a sus hijas la independencia económica. Así, si repentinamente eran arrojadas a sus propios recursos por la muerte o el fracaso económico de sus padres, incapaces por su educación y sus hábitos de sustentarse por sí mismas, con sus posibilidades matrimoniales disminuidas -si no perdidas- ante el cambio de circunstancias, solo las aguardaban la soledad y el desamparo.

Además denunciaba que, desde su perspectiva, la dependencia femenina con respecto al varón -que los novelistas y sentimentalistas exaltaban hasta el hartazgo- constituía una condición de servidumbre, un servilismo de mente y cuerpo que estaba en la raíz de las relaciones de género y que amenazaba la dignidad personal, la felicidad y la paz doméstica. Por ello, el completo y libre desarrollo de las mujeres como seres humanos responsables debía reemplazar el insensato prejuicio que las convertía primero en juguete y luego en esclava de los hombres¹⁰,

⁸ Mrs. Margaretta Grey (1787-1857), en *"Memoir of John Grey, of Dalston"*, sostenía que la concentración inequitativa de la riqueza había limitado la utilidad de las mujeres de los sectores medios: "Las damas, alejadas de la lechería, la confitería, la despensa, el cuarto de destilar, el corral de las aves y la huerta (podría haber añadido el torno de hilar), difícilmente han encontrado para ellas una esfera igualmente útil e importante...a la que aplicar sus ocios, demasiado frecuentes" (En Smiles, 1913b:391-392). Robertson (1997:9-10) asegura que en la época victoriana era inconcebible que una mujer de clase media hiciera las labores de su casa o trabajara fuera de su hogar. De allí que numerosas obras le sugirieran dedicar sus tiempos libres a aquellas actividades que perfeccionaran su carácter y le aseguraran bienestar y felicidad. Rowbotham (1972:29) agrega: "A medida que el hombre burgués se justificaba a través de su trabajo, afirmando su propia laboriosidad y utilidad en contra de las ideas de ocio aristocrático, la vida de su mujer se convertía cada vez más en una existencia inútil".

⁹ Perkin (1993:35) señala que había medio millón más de mujeres que de hombres en Inglaterra; en consecuencia, no todas podrían encontrar un marido que las mantuviera.

¹⁰ John Stuart Mill (1806-1873) aseguraba que todos los hombres deseaban tener en la mujer más íntimamente relacionada con ellos no una esclava forzada, sino voluntaria: "Los

advirtiéndolo que, mientras no fueran preparadas para tomar parte en la vida activa, nunca serían realmente sus compañeras.

El segundo ensayo en el que el *Journal* basaba sus críticas era el titulado “*The Industrial and Social Position of Women*” (1857)¹¹, que, según se afirmaba, apuntaba con exactitud al núcleo del problema. En aquel se argumentaba que, mientras en los rangos altos y bajos las esposas compartían el destino de sus maridos, llevando ambos una vida similar -de opulento ocio y de labor constante, respectivamente-, en las clases medias, aunque ellos se aproximaran en su estado casi al destino del trabajador, ocupados en sus tareas, las mujeres actuaban como aristócratas que malgastaban su tiempo en asuntos triviales. Aquí residían las desventajas características de su posición pues vivían y se comportaban como si pertenecieran a una esfera distinta y superior a la de los hombres de su propia clase, acentuando las diferencias: unos, entrenados para la producción y el ámbito público, las otras para la sala de estar y la moda.

Sin estimar que la posición de las mujeres de los sectores obreros fuera satisfactoria, señalaba que, frecuentemente, en las relaciones entre los géneros, las familias de los trabajadores presentaban algo deseable: similitud de educación, preparación y experiencia y, como consecuencia, una armonía de afinidades, de propósitos y hasta una igualdad de inteligencia y de juicio. Agregaba que si estas bendiciones se dieran también en las clases medias se verían realizadas por una mayor educación y una más amplia gama de intereses. Exhortaba, entonces, a que, tanto como las circunstancias lo permitieran, ellas realizaran actividades adecuadas a su condición. Sin pretender que *toda* mujer de los rangos medios trabajara -pues admitía ciertos límites naturales, especialmente vinculados con la maternidad-, insistía en que debían apreciar esas ocupaciones y, cuando fuera posible, participaran en algunas de ellas.

También este ensayo afirmaba que la falta de entrenamiento intelectual era un defecto muy evidente en su educación, atribuible a la falta de método y disciplina en la obtención de los conocimientos y a las dificultades que implicaba el esfuerzo mental prolongado. No obstante, destacaba que la propia inclinación femenina las impulsaba a interesarse

amos de las mujeres quisieron más que una simple obediencia, y encaminaron toda la fuerza de la educación para conseguir su propósito. Así... son educadas desde la niñez... [para] someterse y consentir la voluntad de los demás”. (2000: 161)

¹¹ Presumiblemente -la fuente no lo especifica- su autor era el escritor escocés John Duguid Milne.

por los temas vinculados con la vida humana y social, tendencia que se incrementaría mediante una cuidadosa instrucción. Más aún, aseguraba que el progreso de la ciencia moral y social podía confiar en el desempeño de ellas, siempre que se les hubiera suministrado saberes suficientes y un adecuado adiestramiento.

Aun admitiendo que también la educación masculina era deficiente, proseguía el *Journal*, no podía negarse que muchos más hombres que mujeres recibían una formación superior¹², profundizando la amplia brecha entre los géneros en las clases medias: ellos no eran compañeros, no se comprendían ni podían, por consiguiente, simpatizar entre sí. Cuidadosamente separados desde pequeños, sujetos a diferentes modalidades de entrenamiento, comprometidos con distintos objetivos y propósitos, algunos varones recibían una esmerada instrucción, frecuentemente a expensas de la de sus propias hermanas por el marcado favoritismo de sus padres, erigiéndose así las barreras que distanciaban a unos y otras desde la infancia y la adolescencia.¹³ Finalizada la etapa de aprendizaje, ellos continuaban en el ámbito público, a través de profesiones en las que se ponían en juego su talento, energía y perseverancia y en las que eran estimulados y desarrollados, forjando y robusteciendo su carácter. Mientras tanto, las niñas, en el hogar, dilapidaban el tiempo y lo mejor de sí mismas en la lectura de novelas, en la frivolidad o esperando alcanzar el único objetivo que les permitía su empedeñada vida: el matrimonio.

Con respecto a este, el texto citado afirmaba que, aunque podría suponerse que el cuadro popular de la *caza de un marido* fuera algo exagerado, esa tendencia realmente existía y se explicaba "...por la conciencia difundida entre las jóvenes de su dependencia respecto del casamiento por los medios de subsistencia" (en *EWJ*, 1858: 226), dirigiendo todo conocimiento, esfuerzo y pensamiento hacia la

¹² Según algunos estudios recientes, constituiría aún un problema pendiente de resolución en numerosos países, sobre todo entre los más pobres..

¹³ La feminista Millicent Garrett Fawcett (1847-1929) reconocía (1872:214) que, si bien podía admitirse que muchos padres no hacían lo suficiente como para asegurarles a los hijos la mejor educación disponible, nadie podía dudar de que la mayoría contemplaba la de las niñas como un asunto de menor importancia que la de aquellos. En forma coincidente, la líder de las *suffragettes*, Emmeline Pankhurst (1858-1928) subrayaba que la instrucción del varón era considerada un asunto mucho más importante que la de ellas. Sus propios padres habían considerado la de sus hermanos como un tema de real importancia, mientras que "Mi educación y la de mi hermana apenas fue debatida." (En Perkin, 1993:32)

obtención de este fin primordial¹⁴. De esa unión no podía esperarse la felicidad, pues constituían frecuentemente “...matrimonios tristes, sin amor, quizás con los afectos irremediamente puestos en otra parte, intrigas, riñas, separaciones, divorcios, todos frutos del mal que ya son suficientemente conocidos...” (en *EWJ*, 1858: 226). Señalaba, entonces, el *Journal* que, si desde la infancia se había hecho lo posible para abrir un abismo entre varones y niñas, no podía esperarse razonablemente que existiera entre hombres y mujeres la comprensión y los sentimientos indispensables para la armonía y el verdadero compañerismo.

El artículo analizado reclamaba, así, que las mujeres, mediante su educación -a la que vinculaba estrechamente con el honor, la felicidad y el bienestar de la humanidad- y teniendo en cuenta la sagrada naturaleza de sus deberes, fueran incorporadas al progreso junto con sus compañeros en una relación igualitaria, pues en la unidad de los géneros residía la fortaleza del mundo. Haciendo suyos los argumentos críticos y sumándose a las numerosas reivindicaciones feministas de la época, *The English Woman Journal* colaboró en el intento de ponerle fin a las limitaciones, los prejuicios y estereotipos impuestos por la cultura y que favorecían la discriminación y el sexismo.

Fuentes

- “Female Education in the Middle Classes” (1858), en: *The English Woman’s Journal*, Vol.1, Nº 4, June, pp.217-227
- Garrett Fawcett, Millicent (1872) “The education of Women”, en: Henry Fawcett y Millicent Garrett Fawcett, *Essays and Lectures on Social and Political Subjects*, London, Macmillan and Co, pp. 205-229.
- Mill, John Stuart (2000) “El sometimiento de la mujer”, en: John Stuart Mill y Harriet Taylor Mill: *Ensayos sobre la igualdad sexual*, Madrid, Mímino Tránsito, pp. 145-261. [1869]
- Smiles, Samuel (1913a) *Character*, London, John Murray Ed. [1871]
- Smiles, Samuel (1913b) *Thrift*, London, John Murray Ed. [1875]
- Smiles, Samuel (1912) *Life and Labour*, London, John Murray Ed. [1887]
- Spencer, Herbert (s/d.a.) *La moral de los diversos pueblos y la moral personal*, Madrid, La España Moderna, Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía e Historia.
- Spencer, Herbert (s/d.b.) *Educación Intelectual, Moral y Física*, Valencia, Prometeo. [1861]

¹⁴ Canales (1999:184) asevera que, entre las jóvenes de clase media, muchas veces el casamiento se trataba de una necesidad porque las escasas y mal remuneradas perspectivas laborales hacían inviable su independencia económica.

Bibliografía

- Canales, Esteban (1999) *La Inglaterra victoriana*, Madrid, Ediciones Akal.
- Hobsbawm, Eric J. (1981) *La era del capitalismo*, Barcelona, Guadarrama.
- Perkin, Joan (1993) *Victorian Women*, London, John Murray.
- Rendall, Jane (1987) “‘A Moral Engine’: Feminism, Liberalism and *The Englishwoman’s Journal*”, en: Jane Rendall ed., *Equal or Different : Women’s Politics 1800-1914*, Oxford, Basil Blackwell, , pp.112-138.
- Robertson, Una A. (1997) *The Illustrated History of the Housewife. 1650-1950*, New York, St. Martin Press.
- Rowbotham, S. (1972) *Women, Resistance and Revolution*, New York, Vintage Books.